

de comunidades griegas como elemento difusor de las religiones orientales en la Península Ibérica.

El Capítulo II está consagrado al estudio de las necrópolis, los rituales y a través de ellos el mundo de las creencias funerarias. Se aprecia la colaboración de M. P. García-Gelabert en dos de los trabajos que integran este Apartado, por ser especialista en el tema como así lo demuestra su magnífica Tesis Doctoral. Una observación digna de mencionarse es el paralelismo que los autores encuentran entre los rituales de Oretania y los de algunas zonas del Levante Ibérico, concretamente con los de la provincia de Alicante.

En el Capítulo III se analizan las relaciones entre el urbanismo y la religión, pues no hay que olvidar que en la Antigüedad lo primero que se levantaba al construir una ciudad eran los templos, considerados como los edificios más nobles. Se centra este tema en cuatro ciudades importantes de la Hispania romana: Augusta Emerita, Italica, Carthago Nova y Cádiz, estando dedicados a cada una de ellas los cuatro trabajos que se agrupan bajo el epígrafe que da nombre al Capítulo.

El Capítulo IV recoge dos artículos sobre el cristianismo hispano, tema tan querido a J. M. Blázquez, como lo demuestra la cantidad de trabajos a él dedicados, y que le sirven para cerrar este libro consagrado a las religiones de la España antigua.

En resumen y salvo algunos errores en la colocación de las láminas, el presente volumen constituye un buen estado de la cuestión de las últimas aportaciones a la religiosidad hispana prerromana.—G. LOPEZ MONTEAGUDO

UNION ACADEMICA INTERNACIONAL (Comité español), *Tabula Imperii Romani*. Hoja K-29: Porto, Madrid 1991, 193 páginas, 1 mapa.

Cabe saludar como un hito fundamental para la investigación histórica de la Antigüedad Hispana la publicación de la hoja K-29 (Porto, parte española) de la *Tabula Imperii Romani*.

La publicación de la primera hoja de la TIR correspondiente a nuestro país no ha sido una tarea fácil. En el camino quedaron los intentos precursores de Claudio Sánchez-Albornoz y Blas Taracena, que no llegaron a dar el apetecido fruto. Es más, ni siquiera los principales autores de los nuevos y renovados esfuerzos para la edición de la parte hispánica de la TIR, los llorados Antonio Tovar y Alberto Balil, alcanzaron a ver publicado el resultado de sus desvelos, lo cual ha sido posible gracias a la continuidad de su labor por el Comité Español de la TIR bajo la presidencia de Guillermo Fatás.

Han pasado ya casi tres cuartos de siglo desde que la iniciativa de O.G.S. Crawford diera lugar a este vasto proyecto que pretende la elaboración de un mapa del Imperio Romano a escala 1:1.000.000 que plasme toda la información topográficamente significativa, desde el momento de la conquista hasta el siglo V.

Para ello el ámbito geográfico del Imperio fue dividido en una serie de hojas de 6° de Longitud y 4° de Latitud que van siendo elaboradas y publicadas paulatinamente por los comités nacionales de la TIR. Las hojas correspondientes al territorio nacional son la K-29 (Porto), J-29 (Lisboa), K-30 (Madrid), J-30 (Valencia) y K/J 31 (Pirineos Orientales-Baleares).

Mientras que algunas de las hojas del resto del Imperio llegan ya por la segunda o tercera edición revisada, ésta que tenemos en nuestras manos es la primera hoja editada de las correspondientes a la Hispania romana.

En esta primera edición de la hoja K-29 (Porto) tan sólo se recoge la información correspondiente al territorio español, siendo de esperar la pronta publicación de la parte portuguesa de la misma o su incorporación en una segunda edición de la hoja. La continuidad

del proyecto está garantizada por la colaboración en el mismo del CSIC, Ministerio de Cultura e Instituto Geográfico Nacional, estando prácticamente lista ya para su publicación la hoja K-30.

En la publicación que tenemos delante, el documento propiamente cartográfico se halla complementado por un diccionario topográfico y una serie de índices (de topónimos antiguos y modernos, de etnónimos, de poblaciones recogidas por las fuentes, de teónimos indígenas, de emperadores y miembros de la casa imperial, de unidades militares, de personajes latinos, tipológico, de bibliografía, de abreviaturas...) que permiten un fácil acceso a una ingente información.

A cada una de las entradas del diccionario topográfico le corresponde una ficha que incluye la localización del lugar con la denominación antigua y moderna, la división administrativa actual, la división administrativa romana y las coordenadas —tanto las de Ptolomeo, si ha lugar, como las modernas referidas al meridiano de Greenwich—. Figuran también la tipología del sitio, las citas literarias griegas y latinas, y las fuentes epigráficas y numismáticas referentes al mismo, una breve descripción histórico-arqueológica y la bibliografía. Completan cada ficha la mención de los museos y colecciones existentes *in situ* que conservan materiales del lugar, las referencias a otras entradas y el autor de la misma.

Para no enturbiar la lectura del mapa los diferentes elementos (monumentos, inscripciones, necrópolis...) que integran un conjunto más amplio, por ejemplo una ciudad, aparecen señalados en el mapa tan sólo con el símbolo de esta entidad más significativa, siendo descritos en el texto en la entrada correspondiente. Por el mismo motivo la toponimia moderna relacionada con las vías figura en el texto pero no ha sido cartografiada.

Tal vez una de las notas más características de la información recogida en la hoja K-29 sea la abundancia de los etnónimos indígenas y la inclusión de los *castella*, grupos territorialmente definidos a partir de un núcleo de población que conocemos gracias a las menciones de *origo* de la epigrafía.

En definitiva, la hoja K-29 de la *Tabula Imperii Romani* viene a ser un instrumento fundamental para la investigación histórico-arqueológica de la Hispania romana. Tan sólo nos resta desear la pronta publicación del resto de las hojas correspondientes a la Península Ibérica.—Fernando PEREZ RODRIGUEZ

Margarita ESTELLA MARCOS: «Juan Bautista Vázquez el Viejo en Castilla y América». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Serie «Artes y Artistas». Madrid, 1990. 124 páginas y 129 reproducciones en blanco y negro y color.

La personalidad de Juan Bautista Vázquez el Viejo ha sido estudiada ya en su etapa sevillana. Pero faltaba una monografía sobre su etapa castellana, necesaria para conocer a uno de los más interesantes escultores de mediados del siglo XVI, que contribuyó al auge de la escuela toledana. Esta había sido tratada desde diversos estudios muy parciales o desde obras generales, de manera que había una imposibilidad de poder estudiar profundamente la plástica de una ciudad y un obispado en el que por esas fechas se está cultivando las formas estéticas que van a predominar en gran parte del ambiente español posterior.

La publicación de Margarita Estella cumple sobradamente este objetivo de trazar la vida y la obra de este escultor. Por un lado, nos ha dejado un planteamiento muy trabajado de los escasos datos biográficos que se conocen del escultor desde su nacimiento hacia 1525, probablemente en Pelayos. Sigue quedando la duda de su hipotético viaje a Italia, en el que